

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

20/2017

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Alarés López, Gustavo, *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964).
Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2017
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 471-475



Universidad
de Navarra

Alarés López, Gustavo, *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2017. 477 p. ISBN: 9788415963998. 34'20€

ÍNDICE. AGRADECIMIENTOS. INTRODUCCIÓN. Narrar, conmemorar y del pasado hacer patria. *Primera parte*. El milenario de Castilla. Burgos (1943). CAPÍTULO 1. La cultura histórica del fascismo español: Castilla. CAPÍTULO 2. El milenario de Castilla: historia y espectáculo. CAPÍTULO 3. Coda transterrada. El exilio español y el milenario de Castilla. CONCLUSIONES. El milenario de Castilla y los límites de la cultura histórica del fascismo español. *Segunda parte*. El V centenario del nacimiento de los Reyes Católicos: en la unidad de España (1951-1952). CAPÍTULO 4. El pasado desde la región. La Institución Fernando el Católico. CAPÍTULO 5. El V centenario del nacimiento de los Reyes Católicos (1951-1952). CAPÍTULO 6. Escribir la historia de los Reyes Católicos. CONCLUSIONES. El nudo gordiano de la cultura histórica franquista. *Tercera parte*. Las conmemoraciones del IV centenario de Carlos V: bajo el signo de occidente. CAPÍTULO 7. Celebrar al César Carlos europeo. El IV centenario de la muerte de Carlos V en 1958. CAPÍTULO 8. Un emperador para Europa. Las celebraciones europeas de Carlos V. CONCLUSIONES. Carlos V en la encrucijada. *Cuarta parte*. La España heroica y mártir. La conmemoración del CL aniversario de la Guerra de la Independencia (1958-1959). CAPÍTULO 9. «La ciudad de la desolación». El mito de los sitios en la Zaragoza franquista. CAPÍTULO 10. Gerona 1958: «La retirada, en el cementerio». CONCLUSIONES. Gerona y Zaragoza. El triunfo de los héroes locales. *Epílogo*. Los XXV años de paz de 1964 o la conmemoración autista. CAPÍTULO 11. Conmemorar la paz de Franco. CAPÍTULO 12. «Si nosotros no hacemos esa historia, nos la harán otros». CONCLUSIONES FINALES. Conmemorar el pasado de la nación. BIBLIOGRAFÍA. ANEXOS. ÍNDICE DE ILUSTRACIONES. ÍNDICE DE NOMBRES.

Es un lugar común hablar del pasado como instrumento para uso del presente, pero no deja de ser útil recordar que algo así ha ocurrido y sigue ocurriendo, sobre todo cuando se muestra con la evidencia con que resalta en las páginas que se comentan. Si el común es el menos común de los sentidos, el uso presentista y anacrónico del pasado es el elemento en el que mejor se mueven quienes buscan referencias con las que legitimar sus no siempre limpios afanes. Buena expresión de ello son los ejemplos recogidos en este libro de Gustavo Alarés: el milenario de Castilla (1943), el centenario del nacimiento de los Reyes Católicos (1951 y 1952), el centenario de la muerte de Carlos V (1958), el sesquicentenario de los sitios de Zaragoza y Gerona (1958 y 1959) y los XXV años de paz (1964). Simplemente con esta relación puede percibirse la orientación y las preferencias que el franquismo mantuvo respecto al pasado histórico; incluso

podría distinguirse entre tres etapas en su evolución dependiendo de las referencias y los usos dados a la narración que buscaba otorgar sentido al régimen y que, a su vez, trataba de difundir y generalizar sus propias percepciones entre el conjunto de la población. Pero también puede apreciarse la existencia de grupos internos al propio franquismo en pugna por el predominio sobre la visión del pasado, especialmente falangistas y gentes del grupo *Arbor*, sin dejar de lado elementos tan singulares como Vicens Vives.

Este doble proceso, primero, de elección de los referentes con los que el poder buscaba identificarse y legitimarse y, segundo, de difusión de los mismos para tratar de alcanzar la homogeneización de los individuos, se llevó a cabo mediante instrumentos muy diversos. Tal vez uno de los más efectivos, por incorporar elementos múltiples y, por tanto, por hacerlo más eficaz, fue el de las conmemoraciones.

De hecho, este libro trata de conmemoraciones. Las cinco partes de que se compone recogen una. Y con ello se muestra no solo la importancia del relato histórico, sino su capacidad de irradiación y, en lo que más resalta del análisis, el papel que los historiadores juegan en ese proceso conmemorativo. Estas páginas reflejan el uso político e identitario que el franquismo hizo del pasado, especialmente en los años cincuenta, pues el primero de los ejemplos analizados, el dedicado al milenario de Castilla, resalta por su carácter excepcional y el último, los XXV años de paz, por formar parte de una etapa nueva, de replanteamiento de los fundamentos sobre la legitimidad del régimen. Y en todos ellos, la presencia de historiadores fundamenta el entramado sobre el que se levantan los actos, por más que pudieran ser participantes activos o figurantes que contribuían a habilitar las celebraciones con la pátina de la respetabilidad académica (por otra parte, «un territorio intervenido», se dice en la p. 33). Presencia, en definitiva, que resultaba de utilidad en dos direcciones, como señala el autor: por un lado, «para conformar una nueva *identidad histórica colectiva* que permitiera nutrir los proyectos políticos del presente» (22). Y, por otro, «permitió a los historiadores asegurar alianzas, ampliar las redes socio-académicas y escalar posiciones en los escalafones invisibles de la profesión» (380).

Con todo ello (mitificación, conmemoraciones, historiadores, ideología...), el franquismo trató de establecer un nuevo orden temporal global, pues la mirada sobre el pasado era la que dictaba el presente y anunciaba el futuro, sobrepasando el mero uso/abuso del pasado como argumento legitimador. Como indicaba Joaquín Pérez Villanueva en 1954, «hacer historia no es hoy un simple juego intelectual, sino una estricta necesidad de la hora presente» (167). Recurrir al pasado no era solo un recurso abstracto, sino una forma de nacionalización, el nacionalismo personal (pp. 124-5), que era necesario configurar y que la capacidad evocadora y sentimental de lo pretérito contribuía a movilizar.

Con la celebración de los mil años de Castilla se mostró el lado más cercano al fascismo de la Falange, con la exaltación del héroe creador (equiparado

RECENSIONES

con un Franco al que se enaltecía sin recato), la búsqueda de la espectacularidad y las masas (aunque solo como asistentes mudas a la puesta en escena historicista), o la voluntad hegemónica, todo ello en torno a la exaltación de lo castellano, en un proceso que el partido de Primo de Rivera había impulsado desde sus orígenes y que tan útil resultaba en los momentos iniciales del franquismo. Y en esos procesos jugaron un papel destacado los historiadores, desde Antonio Tovar a Menéndez Pidal, pasando por fray Justo Pérez de Urbel, en una deriva remitificadora que primó la utilidad inmediata por encima de cualquier rasgo disciplinar.

Menos de una década después, las celebraciones cambiaron de estilo, con la pérdida de influencia falangista y el auge de los integrantes del grupo *Arbor*, que fueron los protagonistas principales, aunque no únicos, del entramado situado tras los homenajes a los Reyes Católicos y a Carlos V, consolidando una mirada en la que primaba «la reiteración y la estabilidad», «[f]rente a la voluntad innovadora del fascismo» (348). Esa década de los cincuenta del cine de cartón piedra mostraba las glorias imperiales a todos los niveles. Y aunque desechados los espectáculos de tono fascista, la voluntad de influir y difundir una única cultura histórica española admisible, cargada de mitos, seguía siendo manifiesta. Sin embargo, hubo otros participantes en este proceso, como los falangistas o las instituciones regionales y locales, incluso las diatribas, como la que enfrentaba a los isabelinos y los fernandinos. Pero también aparecieron figuras que comenzaban a erosionar estas perspectivas, en parte extranjeros, como los asistentes al V Congreso de Historia de la Corona de Aragón que se sumó a las conmemoraciones, pero también algunos españoles que ya se habían empezado a asomar al exterior, como un Vicens que abogaba por «acabar con el mito histórico de don Fernando» (218), aunque luego escribiera sobre él en el viejo estilo aceptado. En cualquier caso, comenzaban a abrirse algunas puertas, como se vio con más claridad en los actos que conmemoraron a Carlos V en 1958.

De hecho, en este caso se sumó un elemento europeísta muy significativo, tanto desde España, que apostaba por introducir en el continente los valores que el régimen consideraba sustanciales de su propia tradición; como desde fuera de ella, en pleno proceso de arranque de las instituciones europeas y dentro de una fase álgida de la guerra fría y la lucha contra el comunismo. De nuevo la búsqueda de legitimidad hizo a muchos europeos volverse al emperador, aunque desde la óptica franquista, lo significativo de Carlos V fuera sobre todo su hispanización, es decir, la asunción de la tradición propia frente a lo ajeno y exterior, todavía visto no solo con prevención, sino como una amenaza. Pese a todo, la vertiente internacional de esta celebración fue ya significativa, y aunque entre quienes acudieron al acto de Granada, o quienes participaron en los congresos de París y Colonia hubo quienes asumían intenciones menos académicas que ideológicas, la diferencia comenzaba a percibirse con claridad.

También hubo intentos de prolongar esta tendencia al tímido cambio en alguno de los actos relativos al recuerdo de los asedios a Zaragoza y Gerona durante la guerra de la Independencia. Pero en este caso la apertura fue mucho menor, tanto por el carácter local de la conmemoración como por el arraigo que el mito tenía en España y la fuerza con que el franquismo lo reivindicó para sí. De hecho, señala Alarés, en estos actos se buscaba «estimular nuevamente las solidaridades establecidas el 18 de julio y reforzar los lazos de unión en torno al culto a la patria» (324), propiciando la conexión entre pueblo y ejército, al igual – se argumentaba – que en 1936. Estamos ante uno de los múltiples recursos conducentes a la socialización en el seno del franquismo de los ciudadanos, en este caso, como en los anteriores, mediante el recurso al mito.

Por último, 1964 mostró otra cara de la moneda, aquella en la que el franquismo percibió su retroceso en el ámbito cultural y buscó reaccionar, consciente de que los métodos precedentes no eran viables. El interés global por lo que había ocurrido en tiempos recientes impulsó una historia contemporánea que en España causaba recelo en las autoridades. Exploraron así un intento de control mediante el rearme científico centrado ya no en sus viejos mitos, sino en el fundamento de sentido: la guerra civil. Y es que desde fuera y, cada vez más desde dentro, el relato heroico de la guerra se ponía en cuestión y surgía una necesidad: «si nosotros no hacemos esa historia, nos la harán otros», decía Ricardo de la Cierva en 1967. De ahí la necesidad de recurrir a otros argumentos, como el del desarrollo y la paz, eje de la campaña de 1964. Desde el punto de vista historiográfico, dos «contemporaneísmos» comenzaron a convivir de espaldas, aunque la deriva general beneficiara al más aperturista frente al neofranquismo.

A partir de estos casos se plantean en el libro algunos retos y propuestas de análisis que merecen resaltarse. En el primer caso, propone el autor, «[e]s analizando este contexto de lealtades políticas e intereses académicos entrecruzados, y no tanto a través de una historia intelectual de carácter lineal centrada en *los autores y sus obras*, como debería enfocarse cualquier intento de trazar una historia crítica de los historiadores en el franquismo» (384). Y esto en parte porque a través de la difusión de estas ideas podrá alcanzarse uno de los mecanismos de nacionalización empleados y su capacidad persuasiva. De hecho, al definir las culturas históricas como las condiciones necesarias para que los ciudadanos gestionen el pasado, lo que se propone es un conjunto de mecanismos para la inserción de los individuos en el grupo, mecanismos todos ellos tan históricos, es decir, rastreables, como el pasado al que hacen referencia.

En cuanto a la segunda, es especialmente significativa la definición del regionalismo franquista como un proceso de negociación entre centro y periferia, y como un ejemplo de la complejidad de un régimen que tantas veces se reforzó por el impulso dado desde unos márgenes que aspiraban a formar parte del proyecto unitario que el franquismo estructural pocas veces consiguió. Los ejemplos de la iniciativa municipal en el inicio de las conmemoraciones por el

RECENSIONES

milenario de Castilla o el aniversario del sitio de Gerona; la activa intervención de la Institución Fernando el Católico tanto en el centenario de los Reyes Católicos –sobre todo con la defensa y potenciación del monarca aragonés–, como en el impulso a la conmemoración del sitio de Zaragoza, muestran la importancia de lo local en la configuración de lo global.

No deja de ser, por tanto, bienvenido este libro, un primer paso en el proceso de estudio de los historiadores bajo el franquismo que el autor echa en falta, más allá de hagiografías o justificaciones. Es un buen comienzo para una ardua labor en tiempo de descalificaciones y honores mancillados.

Gustavo Alarés López (1978), es doctor en Historia y Civilización por el *European University Institute* y actualmente investigador Juan de la Cierva en la Universidad de Zaragoza. Ha realizado diversas estancias en la *London School of Economics* y en la Universidad de Madison. Entre sus principales publicaciones pueden señalarse: *Nacional-sindicalismo e Historia: el archivo privado de José Navarro Latorre (1916-1986)* (2015); *Severino Aznar y el Colegio de Aragón (1945-1959). Epistolario* (2014); y *Diccionario biográfico de los consejeros de la institución 'Fernando el Católico' (1943-1984): una aproximación a las élites políticas y culturales de la Zaragoza franquista* (2008).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

